

Tirso de Molina

*LOS TRES MARIDOS  
BURLADOS*

Texto crítico preparado por Ignacio Arellano  
procedente de la edición

Tirso de Molina, *Los tres maridos burlados*, Texto de la edición de Ignacio Arellano, Madrid-Pamplona, Instituto de Estudios Tirsianos, 2001. ISBN: 84-95494-04-3.



**GRISO**  
Grupo de  
Investigación  
Siglo de Oro



Universidad de Navarra

2

TIRSO DE MOLINA

CIGARRAL QUINTO

*LOS TRES MARIDOS BURLADOS*

os horas antes que el alba  
Dabriese las ventanas de cristal  
para despertar al sol habían to-  
das las damas comprendidas en la  
fiesta de nuestros cigarrales, con  
permisión del nuevo rey, trocado las  
camas por los juguetones cristales  
del Tajo, deseosas de ahogar el ca-  
lor, que atrevido las descomponía,  
en los brazos de sus diáfanos rauda-  
les, yendo a visitarlos en coches al  
conocido sitio que llaman de *Las  
Azudas*, donde, más comunicables y  
menos peligrosas las corrientes del  
caudaloso río, les previno linfas  
serviciales que a puros besos re-  
frescaron alabastros y recrearon  
hermosuras. Bañáronse todas hasta  
que el sol, deseoso de ver lo que la  
noche se alababa de retozar, salía  
presuroso por cogerlas de repente; y  
saliera con su diligencia si no las  
avisara la parlera Aurora por medio  
de las aves, previniéndose con tanto  
tiempo, que, cuando él se despeñaba  
de los montes, ya ellas, guardando  
enfundar pedazos de cielos, habían  
desamparado relicarios de cristal, y  
en la güerta de la Encomienda mote-

jaban de dormilones a sus amantes, pues por descuidados habían perdido tan buena coyuntura.

Recibiolas don Fernando, y recreó con conservas y confitura los alienatos, que siempre sacan de los baños afilado el apetito. Llevolos a todos, después desto, a un soto ameno y privilegiado del sol, hecho a mano de toda la diversidad de agradables árboles, con asientos de olorosas hierbas, alrededor de una fuente artificial centro de aquella circunferencia hermosa; y, coronada de unos y otros, impuso a don Melchor refiriese la novela que le había ofrecido el pasado día, pues del ingenio y sazón con que recreaba en todas materias a sus aficionados se prometía un apacible entretenimiento que divertiese las horas que faltaban hasta las de la comida; el cual, obedeciendo comedido y dispuniéndose risueño, comenzó así:

## NOVELA

### I

En Madrid —hija heredera emancipada de nuestra imperial Toledo, que habiéndola puesto en estado y casado sucesivamente con cuatro monarcas del mundo (uno, Carlos Quinto, y tres Filipos), agora que se ve corte, menos cortesana y obediente que debiera, quebrantando el cuarto mandamiento, le usurpa, con los vecinos que cada día le soborna, la autoridad de padre tan digno de ser venerado—, vivían pocos tiempos ha tres mujeres hermosas, discretas y casadas; la primera, con el cajero de un caudaloso ginovés, en cuyo servicio ocupado siempre, tenía lugar de asistir en su casa solamente los mediodías a comer y las noches a dormir; la segunda tenía por marido a un pintor de nombre que, en fe

del crédito de sus pinceles, trabajaba más había de un mes en el retablo de un monasterio de los más insignes de aquella corte, sin permitirle sus tareas más tiempo para su casa que al primero, pues las fiestas que daban treguas a sus estudios eran necesarias para divertir melancolías que la asistencia contemplativa deste ejercicio comunicaba a sus profesores; y la tercera padecía los celos y años de un marido que pasaba de los cincuenta, sin otra ocupación que de martirizar a la pobre inocente, sustentándose los dos de los alquileres de dos casas razonables que por ocupar buenos sitios les rentaba lo suficiente para pasar, con la labor de la afligida mujer, con mediana comodidad, la vida.

Eran todas tres muy amigas, por haber antes vivido en una misma casa, aunque agora habitaban barrios no poco distantes; y por el consiguiente, los maridos profesaban la misma amistad, comunicándose ellas algunas veces que iban a visitar a la mujer del celoso; porque la po-

bre, si su marido no la llevaba consigo, era imposible poderles pagar las visitas, y ellos los días de fiesta, o en la comedia, o en la esgrima y juego de argolla, andaban de ordinario juntos.

Un día, pues, que estaban las tres amigas en casa del celoso contándoles ella sus trabajos, la vigilancia impertinente de su marido, las pendencias que le costaba el día que salía a misa —que, con ser al amanecer y en su compañía aun de las puntas del manto, porque la llegaban a la cara, tenía celos— y ellas compadeciéndose de sus persecuciones la consolaban, habiendo venido los suyos y estando merendando todos seis, concertaron para el día de San Blas, que se acercaba, salir al sol y a ver al Rey que se decía iba a Nuestra Señora de Atocha aquella tarde, y por ser en día de jueves de compadres, llevar con que celebrar en una güerta allí cercana la solemnidad desta fiesta, que, aunque no está en el calendario, se soleniza mejor que las de Pascua; habiendo hecho no poco en alcanzar licencia

para que la del celoso necio se hallase en ella.

Cumpliose el plazo y la merienda, después de la cual, asentadas ellas al sol, que le hacía apacible, oyendo muchas quejas de la malmaridada, y ellos jugando a los bolos en otra parte de la misma güerta, sucedió que reparando en una cosa que relucía en un montoncillo de basura a un rincón della, dijese la mujer del celoso:

—¡Válgame Dios! ¿Qué será aquello que brilla tanto?

Miráronlo las dos, y dijo la del cajero:

—Ya podría ser joya que se le hubiese perdido aquí a alguna de las muchas damas que se entretienen en esta güerta semejantes días.

Acudió solícita a examinar lo que era la pintora, y sacó en la mano una sortija de un diamante hermoso y tan fino que a los reflejos del sol parece que se transformaba en él. Acodiciáronse las tres amigas al interés que prometía tan rico hallazgo, y alegando cada cual en su derecho, afirmaban que le pertenecía de



justicia el anillo. La primera decía que, habiéndolo sido en verle, tenía más acción que las demás a poseerle; la segunda afirmaba que adivinando ella lo que fue no había razón de usurpársele; y la tercera replicaba a todas que siendo ella quien le sacó de tan indecente lugar, hallando por experiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecía ser solamente señora de lo que le costó más trabajo que a las demás.

Pasara tan adelante esta porfía, que viniendo a noticia de sus maridos pudiera ser ocasionaran en ellos alguna pendencia sobre la acción que pretendía cada una dellas, si la del pintor, que era más cuerda, no las dijera:

—Señoras, la piedra, por ser tan pequeña y consistir su valor en conservarse entera, no consentirá partirse. El venderla es lo más seguro, y dividir el precio entre todas antes que venga a noticia de nuestros dueños y nos priven de su interés, o sobre su entera posesión riñan y sea esta sortija la manzana de la Discordia. Pero, ¿quién de nosotras se-

rá su fiel depositaria sin que las demás se agravien o haya segura confianza de quien se tiene por legítima poseedora desta pieza? Allí está paseándose con otros caballeros el Conde mi vecino. Comprometamos en él, llamándole aparte, nuestras diferencias, y pasemos todas por lo que sentenciare.

—Soy contenta (dijo la cajera), que ya le conozco, y fío de su buen juicio y mi derecho que saldré con el pleito.

—Yo y todo, respondió la mal casada. Pero ¿cómo me atreveré a informarle de mi justicia, estando a vista de mi escrupuloso viejo, y siendo el Conde mozo, y ciertos los celos, con el juego de manos tras ellos?

En esta confusa competencia estaban las tres amigas, cuando, diciendo que pasaba el Rey por la puerta, salieron corriendo sus maridos entre la demás gente a verle, y aprovechándose ellas de la ocasión, llamaron al Conde y le propusieron el caso, pidiéndole la resolución dél antes que sus maridos volviesen y el

más celoso llevase qué reñir a casa, poniéndole la sortija en las manos, para que la diese a quien juzgase merecerla.

Era el Conde de sutil entendimiento, y con la cortedad del término que le daban, respondió:

—Yo, señoras, no hallo tan declarada la justicia por ninguna de las litigantes, que me atreva a quitársela a las demás. Pero, pues habéis comprometido en mí, digo que sentencio y fallo que cada cual de vosotras, dentro del término de mes y medio, haga una burla a su marido — como no toque en su honra—, y a la que en ella se mostrare más ingeniosa se le entregará el diamante y más cincuenta escudos que ofrezco de mi parte, haciéndome entretanto depositario dél. Y porque vuelven vuestros dueños, manos a la labor, y adiós.

Fuese el Conde, cuya satisfacción abonó la seguridad de la joya, y su codicia las persuadió a cumplir lo sentenciado. Vinieron sus maridos, y porque ya la cortedad del día daba muestras de recogerse, lo hicieron todos a sus casas, revolviendo cada

cual de las competidoras las librerías de sus embelecos, para estudiar por ellos uno que la sacase vitoriosa en la agudeza y posesión del ocasionador diamante.

El deseo del interés —tan poderoso en las mujeres, que la primera, por el de una manzana, dió en tierra con lo más precioso de nuestra naturaleza—, pudo tanto en la del codicioso cajero, que, habiendo sacado por el alquitara de su ingenio la quinta esencia de las burlas, hizo a su marido la que se sigue:

[PRIMER MARIDO BURLADO]

Vivía en su vecindad un astrólogo, grande hombre de sacar por figuras los sucesos de las casas ajenas, cuando quizá en la propia, mientras él consultaba efemérides su mujer formaba otras que criándose a su costa le llamaban padre. Este, pues, tenía conocimiento en la del vecino contador y deseos, no tan lícitos cuanto disimulados, de ser su ayudante en la fábrica del matrimonio. Había la astuta cajera caládole los pensamientos, y aunque, por ser ella tan estimadora de su honra cuanto el amante entrado en días, se los rechazaba, quiso en la necesidad presente valerse de la ocasión y aprovecharse de sus estudios, para lo cual, mostrándosele menos intratable que otras veces, le dijo que para cierto fin ridículo con que quería regocijar aquellas Carnesto-

lendas, le importaba hiciese creer a su marido que dentro de veinte y cuatro horas pasaría desta vida a dar cuenta a Dios de la que hasta entonces había mal empleado. Prometióselo contento de tenerla gustosa sin inquirir su pretensión. Y mientras ella, llamando al pintor amigo y celoso necio, concertó con ellos lo que habían de hacer para colorear este disparate persuadiéndolos que era para regocijarse con semejante burla en días tan ocasionados para ellas, haciéndose el astrólogo en contradizo con el ignorante cajero, que cansado de pagar letras se venía a acostar, le dijo:

—¡Mala color traéis, vecino! ¿Sentís acaso alguna mala disposición en vos?

—¡Gracias al Cielo (le respondió), si no es el enfado de haber contado hoy más de seis mil reales en vellón, no me he sentido más bueno en mi vida!

—La color, a lo menos, replicó, no conforma con vuestra satisfacción. Dadme acá ese pulso.

Diósele turbado el ignorante vecino, y arqueando las cejas con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador dijo:

—Vecino mío, cuando yo no haya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestes sino el que se me sigue de avisaros de vuestro peligro, doy por bien empleados mis desvelos. Para estas ocasiones son los amigos. No lo fuera yo vuestro si no os avisara de lo que os conviene y menos cuidado os da. Disponed de vuestra hacienda y casa, o lo que importa más, de vuestra alma, porque yo os digo por cosa infalible que mañana a estas horas habréis experimentado en la otra vida cuánto mejor os estuviera haber ajustado cuentas con vuestra conciencia que con los libros de caja de vuestro dueño.

Entre turbado y burlón le respondió el pobre moscatel:

—Si este juicio sale tan verdadero como el pronóstico que del año pasado hicistes, todo al revés de como sucedieron sus temporales, más

larga vida me prometo de lo que imaginaba.

—Ahora bien (replicó el astrólogo), yo he cumplido en esto con las leyes de cristiano y amigo. Haced vos lo que mejor os estuviere, que yo sé que no llevaréis queja de mí al otro mundo de que no os lo avisé pudiendo.

Y, dejándole con la palabra en la boca, echó la calle arriba.

Turbado y confuso guió a su casa el amenazado cajero tentándose por el camino los pulsos y más partes de donde podía temer algún asalto repentino y mortal, pero hallándolo todo en su debida disposición y no siendo el crédito del adivinante muy abonado, medio burlándose dél y medio temeroso, entró en su casa, y sin decir nada a su esposa por no darla pena, pidió de cenar, que le trujo ella diligente habiendo conjeturado de sus acciones que ya se había dado principio a aquel estratagemata. Comió poco y mal, y diciendo le hiciesen la cama, se comenzó a desnudar suspirando de cuando en cuando.



Preguntóle lo que tenía fingiendo sentimientos amorosos la codiciosa burladora, a que satisfizo fingiendo disgustos con el ginovés que le habían desazonado. Consolole ella lo mejor que supo. Acostáronse y fue aún menos el sueño que la cena, notando ella, aunque fingía dormir, cuán buenas disposiciones se iban introduciendo para el fin de sus deseos. Madrugó más de lo ordinario, algo descolorido, y acudiendo a su ejercicio acostumbrado, fueron de suerte las ocupaciones de aquel día que no pudo ir a comer a su casa, dándosele en la del ginovés su amo.

Al anochecer, cuando se tornaba a su posada, estaban a la esquina de una calle por donde forzosamente había de pasar el tiniente de su parroquia y otro clérigo, con dos o tres hombres prevenidos por el pintor a instancia de la dicha cajera, diciendo cuando llegaba cerca de ellos, fingiendo no verle y de modo que pudiese oírlos:

—¡Lastimosa muerte por cierto ha sido la del malogrado Lucas Moreno! (que así se llamaba el escuchante).

—¡Lastimosa (respondió el otro clérigo), pues sin sacramentos ni otra prevención cristiana le hallaron muerto en su cama esta mañana, estando su mujer, que le amaba tiernamente, de puro dolor, cerca de hacerle compañía!

—Lo peor (dijo otro del corrillo), que el astrólogo su vecino afirma que se lo avisó ayer, y haciendo burla de su pronóstico, sin desmarañar las trampas que los de su oficio traen entre manos, se dejó morir como una bestia.

—¡Dios tenga misericordia de su alma (replicó el cuarto), que es de quien podemos tener compasión; que la viuda con dote queda, de lo que quizá él ganó mal, con que asegundar el matrimonio! Y vámonos a acostar, que hace mucho frío.

Iba el pobre Lucas Moreno a satisfacerse dellos y saber si había otro de su nombre que se hubiese muerto aquel día, pero ellos, de industria, dándose las buenas noches, se desaparecieron dejándole con la turbación que podéis imaginar. Caminó confuso adelante y en una calle an-

tes de la suya halló al astrólogo hablando con el pintor, que en viéndole venir, dijo, como que proseguían la plática de su muerte:

—¡No me quiso creer a mí cuando ayer le dije que se había de morir dentro de veinte y cuatro horas! ¡Hacen burla los ignorantes de la evidente ciencia de la Astrología! ¡Tómese lo que le vino, que yo sé que es ésta la hora en que está bien arrepentido de no haberme dado crédito!

Respondió el pintor:

—Era notablemente cabezudo el malogrado de Lucas Moreno y no poco glotón. Debió de comer alguna fiambrera ginovesa y daríale alguna apoplejía. ¡Dios le tenga en su gloria y consuele a su afligida mujer, que cierto que hemos perdido un buen amigo!

No pudo sufrirlo el confuso cajero y llegándose a ellos, les dijo:

—¡Señores!, ¿qué es esto? ¿Quién me hace las honras en vida, o tomando mi forma se ha muerto por mí? ¡Que yo bueno me siento, gracias a Dios!

Echaron a huir entonces todos, fingiendo espantosos asombros y diciendo a voces: «¡Jesús sea conmigo! ¡Jesús mil veces! ¡El alma de Lucas Moreno anda en pena! ¡Alguna restitución pide hagamos de su hacienda, por la que debe haber mal ganado! ¡Conjúrote, de parte de Dios, que no me sigas, sino que desde donde estás me digas qué quieres!... », dejándole con esto a pique de sacarlos verdaderos, según el sobresalto que le causó tan apoyada mentira.

Prosiguió, medio desmayado y sin pulsos, hasta cerca de su casa y junto a ella vio al amigo celoso que fingía salir della y le estaba esperando para acabar de desatinarle. Hízosele encontradizo, y al emparejar con él volvió los pasos atrás y haciéndose mil cruces, dijo:

—¡Ánimas benditas del Purgatorio! ¿Es ilusión la que veo o es Lucas Moreno difunto?

—Lucas Moreno soy, pero no esotro, amigo Santillana (dijo el asombrado mentecato). ¿De qué os santiaguáis? ¿O cuándo me he muerto yo para hacer tantos aspavientos?

Asirole entonces de la capa porque no huyese, y él dejándosela en las manos se fue dando gritos, santi- guándose y diciendo:

—¡Abernuncio, espíritu maligno! ¡No debo a Lucas Moreno sino seis reales que me ganó a los bolos el otro día; pero *quod non ponitur non solvitur!* ¡Si vienes por ellos, vende esa capa, que no quiero traba- cuentas con gente del otro mundo!

Fuese huyendo con esto, quedando nuestro Moreno tan pasmado que faltó poco para no dar consigo en tierra.

—¡Alto! ¡No hay más! ¡Yo debo de haberme muerto! (decía entre sí mu- chas veces). ¡Dios debe de enviarme a esta vida en espíritu para que disponga de mi hacienda y haga tes- tamento! Pero ¡válgame Dios! Si me morí de repente, ¿cómo ni vi a la hora postrera al demonio, ni me han llamado a juicio, ni puedo dar señal alguna del otro mundo? Y si soy alma y el cuerpo quedó en la sepultura, ¿cómo estoy vestido, veo, toco, y uso de los sentidos corporales? ¿Si he resucitado? Pero si fuera así, ¿no hubiera visto o oído algún ángel

que de parte de Dios me lo mandara? Mas ¿qué sé yo de lo que se usa en el otro mundo? Puede ser que me hayan otra vez revestido de mi primera carne y no se acostumbre allá hablar con escribanos; y como mi oficio es de pluma tendrán por caso de menos valor tratar con gente de trabacuentas. Lo que yo veo es que todos huyen de mí y me tienen por muerto hasta los que son mis mayores amigos, y según esto, debe de ser verdad. Pero si dicen que el más amargo trago es el de la muerte, ¿cómo no la he sentido ni me ha dolido nada? Las repentinas deben de entrarse, sin duda, por una puerta y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hacer su oficio. Pero... ¿si fuese alguna burla de mis amigos? Que el tiempo es acomodado para ellas, y hasta agora ninguno de los que me encuentran por la calle hace aspavientos de verme sino son ellos. ¡Válgate Dios por muerte tan a poca costa!

Haciendo estos discursos desvariados llegó a su casa y hallándola cerrada llamó con grandes golpes. La

noche entraba fría y oscura y la cavilosa mujer estaba prevenida de lo que había de hacer y avisada de lo que había pasado. Tenía sola una criada en casa, habiendo de industria enviado dos leguas de allí con un recado fingido a dos criados que vivían en ella. La moza era tan gran bellaca como su señora, y en oyendo llamar respondió con una voz lastimada:

—¿Quién está ahí?

—¡Ábreme, Casilda!, dijo el difunto vivo.

—¿Quién llama (replicó) a esta hora, en casa donde sólo vive el desconsuelo y la viudez?

—¡Acaba ya, necia (volvió a decir), que soy tu señor! ¿No me conoces? ¡Abre, que llovizna y hace más frío del que permite este lugar!

—¿Mi señor? (respondió ella). ¡Pluguiera a Dios! ¡Ya le pudre la tierra! ¡Ya está en parte, donde por lo que sabía de cuentas le habrán hecho cajero mayor del infierno (que allí todas se pagan a letra vista), si Dios no ha tenido misericordia de su ánima!

No pudo entonces, impaciente, sufrir tantas verificaciones de su muerte, y así, dando un puntapié al postigo, que no estaba para aguardar otro, quebrando la aldaba, le abrió, huyendo la criada y dando las voces que los demás que había encontrado en la calle. Salió a ellas la mujer en hábito de viuda recoleta, fingiéndose alborotada, y en viéndole se cayó desmayada, diciendo: «¡Jesús, qué veo!». Faltó poco para no hacer lo mismo el asombrado marido y tuvo por infalible que estaba muerto. Con todo eso, en pago de las muestras de sentimiento que en su mujer había visto, la llevó en brazos a la cama, desnudándola y echándola en ella; que aunque lo sentía todo se daba por medio difunta. La moza se encerró en otro aposento disimulando la risa y vendiendo miedos que no tenía. En fin, el pobre ánima en pena, sin averiguar si comían o no los del otro mundo, abrió un escritorio y dio tras una gaveta de bocados de mermelada, acompañándola con bizcochos y ciruelas de Génova que ayudó a pasar con los empellones



de una bota cuya alma le había infundido la Membrilla, pareciéndole que no era tan trabajosa la otra vida pues hallaban tal ayuda de costa los que caminaban por ella. Dióse tan buena maña nuestro Lucas Moreno en fortalecer el corazón desfallecido con el cordial remedio, que cogiéndole algo flaco y desvanecido con las ilusiones burlescas y subiéndosele el licor de Noé si no a las barbas a la cabeza, se halló en la gloria de Baco, desnudándose a zancadillas y echándose al lado de la que todavía disimulaba su desmayo y se tragaba la risa, con no poca resistencia della, que reventaba por salir. En fin, él se acostó entre desmayado y lo otro, embistiendo el sueño con aceros vinosos, que no hay tal jarabe de adormideras como el que saca un lagar. Él durmió hasta la mañana soñando purgatorios, infiernos y glorias, y entretanto vinieron los burlones amigos a informarse de lo que pasaba de la criada, y celebrando la buena elección que el difunto había hecho amortajándose

por de dentro, de pies a cabeza, con las telas que teje Baco.

Amaneció, viendo que todavía estaba durmiendo su marido, la cautelosa cajera, y se levantó y vistió de gala, enviando fuera de casa el monjil viudo y las hipócritas tocas. Compu-so la cara de fiesta y volviendo a la cama despertó al aparente finado, diciéndole:

—¿Hasta cuándo habéis de dormir, marido mío? ¿Aun no se han dirigido los humos con que anoche os acostastes?

Estremeciole los brazos, tirándole de las narices, con que dando bostezos volvió en sí, y viendo a su mujer tan compuesta, la casa de regocijo y sin los lutos y llanto de la noche pasada, admirado de nuevo, dijo:

—Polonia, ¿adónde estoy? ¿Haste tú también muerto como yo, y en fe del amor que me tenías en el siglo y te ha sacado dél, vienes a celebrar en este mundo nuevo segundas bodas? ¿De qué enfermedad o cómo salí de la otra vida? Que ¡vive Dios (si en ésta se puede jurar), que no sé cómo

me he muerto ni a qué partes me ha echado el Cielo! ¿Hay camas y aposentos por acá? ¿Véndese vino y bizcochos? ¿Qué arriero me trujo a mi escritorio, que yo anoche saqué dél provisión bastante a consolar la soledad que sin ti sentía por estos países no conocidos?

—¡Buen humor (respondió la astuta fisgona) crían en vos, marido mío, las Carnestolendas! ¿Qué chilindriñas son esas? ¡Acabad, levantaos!, que ha enviado a llamaros el ginovés dos veces.

—Luego ¿no estoy muerto ni me enterraron ayer?, replicó él.

—En vos, a lo menos (respondió ella), debió de enterrarse anoche el alma de nuestra bota, según está de macilenta, pues decís esos disparates.

—Si las almas se entierran, Polonia de mi vida (volvió a decir), es verdad que anoche la hice las honras; pero ya yo lo estaba en la parroquia, lastimado el tiniente, tristes nuestros amigos, llorando Casilda y enlutada vos.

—¡Acabad agora de ensartar chanzas (replicó ella), que os llama nuestro ginovés!

—Luego, ¿también los hay acá? (preguntó él). No debo yo de estar en carrera de salvación, pues puedo ir donde habitan cambios y se hospedan trampistas.

—Dejémonos de pullas (dijo Polonia) y levantaos de ahí, que parece que habláis de veras, y estáis echando bernardinas.

—¡Mujer, por nuestro Señor (respondió Lucas Moreno), que ha veinte y cuatro horas que estoy muerto y no sé cuántas enterrado! Preguntádselo a Casilda, al tiniente cura de nuestra parroquia, al pintor nuestro amigo, a Santillana el celoso, al astrólogo, nuestro vecino, y a vos misma, viuda anoche y enlutada, y agora, a lo que imagino, muerta como yo; que si no me acuerdo mal anoche os llevé sin pulsos ni aliento a la cama y os debió de costar el espanto de verme la vida, y sin saber cómo, de la suerte que yo, estáis en ésta y no lo acabáis de creer.

—¿Qué tropelías son estas, marido mío? (dijo la fingida turbada). ¿Anoche no nos acostamos buenos y sanos? ¿Qué entierros, difuntos, o otros mundos son estos?... ¡Casilda!, llámame al astrólogo nuestro vecino, que también es médico, y nos dirá lo que le ha dado a mi buen Lucas Moreno, que estas mujercillas con quien trata le deben de haber trastornado el seso.

No sabía qué se decir el atronado marido, ni si estaba loco, muerto o vivo, ni la mujer podía sacarle de que era espíritu que volvía a poner orden en su hacienda.

En esto entraron los dos ayudantes de la burla, y refiriendo ella lo que pasaba, le afirmaron —no sin reírse— de que estaba no sólo en este mundo pero en Madrid y su casa, y que si daba todavía en su tema pararía en la del Nuncio. Vino luego el astrólogo llamado de la criada y afirmó que el desvanecimiento de sus libros de caja y cuentas le tenían barrenado el cerebro; con que él, consolado de que vivía y airado de que le tuviesen por loco, les dijo:

—Pues si es verdad que no estoy muerto, ¿de qué sirvieron los espantos y conjuros con que ayer huistes de mí, haciéndoos más cruces que tiene una procesión de penitentes?

—¿Vos me visteis ayer a mí? (replicó el astrólogo). ¿Cómo puede eso ser, si estuve encerrado todo el día en mi estudio levantando figura sobre descubrir los ladrones de una joya de diamantes?

—Yo a lo menos (dijo el pintor), no salí del monesterio donde trabajo hasta las once de la noche.

—Pues yo (acudió el viejo), tampoco vi ayer la calle, ocupado en despachar un proprio a la Montaña, mi tierra.

—¡Peor está que estaba! (dijo el casi loco de veras). Vos, señor vecino, ¿no me dijistes anteyer por la noche que según la mala color, los índices del pulso y pronóstico de vuestras figuras, había de morirme dentro de veinte y cuatro horas?

—¿Yo? (replicó él). ¿Pues ha más de cuatro días que no nos vemos y agora salís con eso? Volved en vos,

señor Lucas Moreno, que lo debéis de haber soñado esta noche.

—¡Como ello sea sueño, y no pura verdad (replicó), yo haré la costa del martes de Carnestolendas en albricias de la vida que no sé si tengo.

—¡Acetamos la fiesta! (respondieron todos). Y para que os acabéis de desengañar, vestíos y vamos a oír misa a la parroquia. Veréis lo que puede en vos la imaginación vehemente.

Hízolo así el incrédulo finado, y para no cansaros, le sucedió lo mismo con los clérigos que vio el día pasado tratar de su entierro que con los demás amigos. Riyéronse y diéronle picones que por no hallarse con caudal para sufrirlos le obligaron, después de haber cumplido con el convite, a que se ausentase de Madrid a negocios del ginovés por quince días, dando en ellos lugar al olvido, que en la Corte sepulta brevemente todos los sucesos por peregrinos que sean, dejando concertado su mujer con todos los participantes en la burla no dijese el misterio

della a su marido, sino que le persuadiesen a que fue sueño, temerosa de que no hiciesen sus espaldas la costa della.



[SEGUNDO MARIDO BURLADO]

Entretanto que nuestro cajero experimentaba ausente que estaba vivo y se moría la fama de su entierro en sueños, no se descuidó la mujer del pintor de ejecutar la burla que tenía imaginada, envidiosa de la buena salida que había tenido la de su competidora. Para lo cual, concertándose con un hermano suyo, amigo de entretenerse a costa ajena, le envió el jueves siguiente a la plazuela de la Cebada a que comprase una puerta de las muchas que tales días traen a vender allí, que fuese a medida de la que en su casa salía a la calle y por vieja pedía la jubilasen. Trújola con todo secreto de noche, y escondida donde el pintor no pudiese verla avisó al burlón hermano de lo que había de hacer y le encerró con otros dos amigos en el sótano.

Vino dos horas después su marido, quedándose en el monasterio donde pintaba los aprendices que tenía moliendo colores, porque se había de acabar el retablo para la Pascua y era necesario darse prisa. Recibióle Mari Pérez (que así se llamaba la codiciosa pintora) con todo cariño y amor. Acostáronse temprano porque le importaba el madrugar, y durmieron hasta la media noche —digo, el descuidado marido, que ella mal pudiera, preñado el entendimiento con tantas arquitecturas burlescas— y llegada aquella hora, comenzó a dar voces y quejarse a gritos la engañosa casada, diciendo: «Jesús, que me muero! ¡Marido mío, mi hora es llegada! ¡Tráiganme confesión presto, presto, que me muero!», y otros extremos semejantes que saben hacer las mujeres cuando se les antoja.

Preguntábala compasivo su compañero lo que tenía, respondiendo sólo:

—¡Jesús! ¡Madre de Dios! ¡Que me muero! ¡Confesión! ¡Sacramentos! ¡Que perezco!

Levantose a las voces una sobrina que tenía en casa a suplir los mi-

nisterios de una criada y era partícipe en el engaño, la cual, llorando de verla así, aplicándola paños calientes a las tripas, dándola tostadas en vino y canela, y haciendo otros remedios semejantes sin que el dolor cesase, porque la enferma no quería, hubo de obligar al desvelado Morales (que este era el nombre del pintor) a que se levantase harto contra su voluntad, coligiendo de la complexión que en su mujer conocía y afirmándolo ella y la sobrina, que aquel accidente era mal de madre ocasionado de una ensalada que había cenado, cuyo vinagre recio y una rebanada de queso otras veces la habían puesto en el último peligro de la vida. Riñola de que no escarmentase de tales excesos y ella le dijo medio ahogada:

—No es hora, Morales, agora, de reprehender lo que no se puede remediar. Vayan a llamar a la comadre Castejona, que sabe mi complexión y ella sola puede aplicarme con qué se me alivie este mal rabioso, o si no, ábranme la sepultura.

—¡Mujer mía! (respondió el afligido esposo), la Castejona se ha ido a vivir junto a la puerta de Fuenca-rral. Nosotros estamos en Lavapiés; la noche es de invierno y si no mienten las goteras, o llueve o nieva. Aunque yo vaya con todas estas descomodidades, ¿cómo sabremos que se querrá levantar? La otra vez que os apretó ese achaque, me acuerdo yo que fue con dos onzas de triaca de esmeralda caliente en la cáscara de media naranja y puesta en la boca del estómago. Yo iré a la botica por ella. ¡Por amor de Dios que os soseguéis y no me consintáis hacer tan larga diligencia, pues ha de ser inútil y yo tengo de volver con otro mal de madre peor que el vuestro!

Comenzose a quejar entonces más recio que nunca y a decir:

—¡Bendito sea Dios, que tan buena compañía me ha dado! ¡Miren qué imposibles le pido, qué enterrarse conmigo si me muero, qué sangre de sus brazos, qué desperdicios de su hacienda, sino que me llame una comadre a costa de mojarse un par de zapatos! Ya yo sé que deseáis vos

renovar matrimonio y que a cada grito que yo doy dais vos una cabriola con el corazón, y por eso excusaréis cualquiera diligencia que estorbe vuestros deseos y mis dolores. Volved a acostaros, sosegad y dormid; que si yo me muriere, declarado dejaré que me distes solimán en la ensalada de anoche.

—¡Mujer, mujer (respondió el marido), menos libertades, que no tienen los males de madre exemptions de atrevimientos y podrá ser que con un palo os trasiegue el dolor desde las tripas a las espaldas!

—¿Palos a mi señora tía? (dijo la doncella taimada). ¡Malos años para vuesa merced y para quien no le sacara los ojos primero con estas uñas!

Iba el pintor a que pusiese la postura a no sé cuántos pretinazos la sacudida moza, que excusó huyendo, y dando mayores gritos, con alharacas mortales, volvió a pedir la doliente, confesión, comadre, sacramentos...

—¡Que me muero! ¡Ay, que me han dado rejalgar! ¡Jesús! ¡No es este mal de madre sino mal de marido!

Temió alguna burla más pesada de la que sin saberlo le comenzaban a hacer el enojado Morales, y que si se moría dejando fama que él la había hecho la costa, era echar la sogá tras el caldero, y hubo de apaciguarla con caricias y amores y encender una linterna bien necesaria para la escuridad y lodos, puniéndose unas botas, capa aguadera, la capilla sobre el sombrero, y salir en busca de la comadre Castejona, registrándole las goteras que despachaban los tejados a cántaros. Sabía el buen Morales que se había pasado la dicha comadre a la calle de Fuen-carral, pero no a qué parte della, y lloviendo, como os he dicho, sin persona en la larga distancia que hay desde Lavapiés a aquel barrio, la noche como boca de lobo y él re-negando de su matrimonio, juzgad vosotros si se tardaría buen espacio de tiempo en hallar lo que buscaba y no había menester, que entre tanto que él se va echando en remojo, vol-

veré yo a la enferma de bellaquerías y no de males de estómago; la cual, en viendo fuera de casa a su buscón marido, llamó a su hermano, que estaba escondido en la cueva con otros dos amigos, y en un instante quitaron la puerta antigua de la calle y pusieron la nueva, que ya tenía su cerradura y aldaba y se había ajustado a los quicios y medido de suerte que sin ruido se asentó como de molde. Encima della, en el frontispicio, clavaron una tabla mediana y escrito en campo blanco: «Casa de posadas». Hecho esto, trujo una catterva de amigos que vivían cerca de allí, con sus mujeres, dos mastines gruñidores, guitarras y castañetas, y de en casa de un figón cena y jira acomodada con el tiempo, celebrando con bailes y borracheras el naufragio del pobre buscacomadres, que sin hallar la Castejona no hizo más de importunar aldabas y despertar vecinos.

Con el agua a media pierna y la paciencia al gollete, llegó nuestro pintor a su casa, y oyendo desde la puerta las voces, bailes y grita que

pasaba dentro, pensando que la había errado, levantó la linterna y reconociéndola vio las puertas nuevas y la tablilla de posadas sobre ella, que le desatinó sobremanera. Volvió a examinar la calle, y halló que era la de Lavapiés. Recorrió las casas colaterales y conoció que eran las de sus vecinos. Reparó en las de enfrente y halló las propias que siempre. Volvió a la suya y desconoció la novedad de su puerta y reciente oficio de su título.

—¡Válgame Dios! (dijo haciéndose cruces). Hora y media ha que salí de mi casa, donde mi mujer estaba más para llantos que para bailes. En ella sólo vivimos los dos y su sobrina. Las puertas, aunque menesterosas de reformation, eran las mismas cuando salí que los otros días. Casas de posadas en esta calle no las vi en mi vida, y cuando las hubiera, ¿quién puede, de noche y en tan breve tiempo, haberle dado a la mía este ventero privilegio? Pues decir que lo sueño no es posible, que tengo los ojos abiertos y los oídos examinadores deste encantamen-



to. Echar la culpa al vino en tiempo de tanta agua es obligarme a la restitución de su honra. Pues ¿qué puede ser esto?

Tornó a tentar y ver y oír puertas, tablilla y bailes, sin saber a qué atribuir tan repentina transformación, y asiendo de la aldaba, dió golpes con ella bastantes a despertar el barrio, que no oyeron o no quisieron oír los bailadores güéspedes. Asegundó aldabadas mayores. Y después de haberle tenido a curar como lienzo de Galicia un buen rato a las goteras, abrió un mozo la ventana de arriba con un candil encendido en la mano y un tocador en la cabeza entre sucio y roto, diciendo:

—¡No hay posada, hermano! ¡Vaya con Dios, y menos golpes, que le coronará por necio un orinal de seis días!

—¡Yo no busco posada que no sea mía (respondió el pintor), sino que me dejen entrar en mi casa y me diga el que se hace mandón en ella quién en hora y media la ha dado el nuevo oficio de hostería, habiéndole costado su dinero a Diego de Morales!

—¡De Parras debía de ser (respondió el mozo) el que os desgobierna la lengua! ¡Hermano mío, para quien tan aforrado viene, poco daño le hará el agua de las goteras! ¡Váyase noramala, y no me toque otra vez a la puerta, que le echaré un mastín que le abra media docena de botanas!

Cerró con esto de golpe la ventana. Prosiguió adentro la jira y bureo, y el pobre pintor, dándose a los diablos, imaginaba que alguna hechicera le hacía estos trampantojos. Menudeaba el cielo cántaros de agua y nieve a vueltas de un cierzo que le desembarazaba el cerebro. La vela de la linterna se había acabado y con ella la paciencia de su portador, y así, volviendo a dar mayores golpes a la aldaba, oyó que respondía de dentro uno:

—¡Mozo, daca un palo! ¡Suelta esos mastines! ¡Sal allá fuera y hazle a ese borracho una fricación de espaldas con que se le desembarace la cabeza!

Abriose la puerta entonces y salieron dos perros que a no detenerlos el mozo y cerrar tras sí hicie-

ran que llorara el confuso pintor la burla de veras.

—¡Hombre del diablo! (dijo el ministro). ¿Qué nos queréis aquí con tantos golpes? ¿No os han dicho que no hay posada?

—Hermano, ¡esta es la mía! (respondió él). ¿Quién diablos la ha convertido en mesón, siendo ella desde mis padres acá de Diego de Morales?

—¿Qué decís, hermano? (replicó). ¿Qué Morales o azufaifos son esos?

—¡Yo lo soy (dijo), por la gracia de Dios, pintor conocido en esta Corte, estimado en este barrio y habitador desta casa más ha de veinte años! ¡Llamadme a mi mujer Mari Pérez, si no es que también se ha transformado en mesonera, y sacarame deste laberinto!

—¿Cómo puede eso ser (prosiguió el mozo), si ha más de seis años que esta casa es hospedería de las más conocidas de cuantos forasteros vienen a Madrid, su dueño Pedro Carrasco, su mujer Mari Molino, y yo su criado? ¡Andad con Dios, que a no teneros lástima yo os curara por el

ensalmo deste garrote la enfermedad vinosa que os deslumbra!

Volvió a cerrar la puerta, entrándose dentro, y el expelido dueño de su casa, atarantado, sin saber qué se decir ni hacer, a escuras y atrancando lodos, se fue a la del celoso Santillana. Llamó a ella, y haciéndole levantar casi a las cuatro de la mañana, encendió luz, creyendo le había sucedido algún desastre o pendencia. Preguntóselo y informado de lo que pasaba, hizo levantar a su mujer, y aunque ella sabía el fin a que tiraba la burla, la hizo en compañía de su marido del aguado pintor, atribuyéndolo a los hechizos y tropelías que Yepes y San Martín —de quien era no poco devoto— suele hacer en tales noches y tiempos. Encendieron lumbre, en que se calentó. Dejaron a enjugar su ropa, limpiáronle las botas, y dándole matraca sobre el fieltro, que resistió mejor el agua que sus fisgas, le acostaron en una cama que le hicieron, porfiando él en acreditar lo que había visto y ellos en afirmar que venía, como dicen, calamocano.

Luego, pues, que la buena de Mari Pérez supo por sus espías que se había ausentado su enlodado esposo, asentó la primera puerta con ayuda de sus convidados como estaba de antes, quitó la tablilla, y haciendo que se llevasen lo uno y otro consigo, los despidió a todos conjurándolos guardasen secreto; y quedándose con su sobrina sola, se acostaron, cansados los pies de bailes, las manos de castañetas, los estómagos de comer y las bocas de reír, durmiendo a satisfacción de la cena y entretenimiento hasta la mañana, que volvió su pintor a medio enjugar en compañía del viejo Santillana, que casi persuadido con la porfía de nuestro Morales, oyéndole afirmar lo mismo a la mañana que por la noche, deseaba ver esta nueva maravilla. Llegaron, en fin, a vista de la casa encantada, y hallándola con su puerta antigua, sin tablilla sobre ella, quieta y cerrada, comenzó el viejo a dar cordelejo de nuevo al pobre Morales y él de nuevo también a desbautizarse jurando y perjurando que era verdad lo que le había referido, y al-

guna arte del demonio aquella con que pretendía se desesperase. Llamaron, y salió a medio vestir la sobrina, abriendo la embustera puerta, y en viendo a su casi padrastro, le dijo:

—¿Con qué cara viene vuesa merced, señor tío, a ver a su mujer? ¿Ni qué cuenta dará de si quien, dejándola a la muerte a las doce, y enviándole por una comadre, vuelve a las ocho de la mañana sin ella y con esa flema?

—¡Si tú supieras, Brígida (respondió), en lo que por tu tía me he visto esta noche, más lástima tuvieras de mí que quejas! ¡Mañana nos hemos de mudar desta casa, que andan en ella enjambres de demonios!

Oyole en esto la prevenida enferma, y levantándose como una onza de la cama, en solo manteo, salió dando gritos y diciendo:

—¡Oh, qué solícito marido de la salud de su mujer! ¡Para frío de quartana valéis lo que pesáis, Morales mío, que no volveréis en toda la vida! ¿Hízoos mal el sereno de anoche? ¿Venís acatarrado? ¡Qué enjuto

que os dejó la tempestad pasada!  
¡Cerca vivía la piadosa Marta que os  
hospedó! ¡Bien creísteis vos hallarme  
muerta cuando volviédes con la  
Castejona y entraros por mi dote y  
hacienda como por viña vendimiada!  
Pero ¡malos años para vos y para  
quien tal me desea! ¿A qué viene  
vuesa merced con ese perdido, señor  
Santillana? ¡Si es a disculparle  
conmigo, no tiene para qué, que por  
el siglo de mi madre que he de irme  
luego al vicario y pedir divorcio!  
¡No quiero aguardar otra ensalada  
cuya sal maliciosa ponga a pique mi  
vida!... Dame de vestir, Brígida;  
toma tu manto, huye deste buscacoma-  
dres...

—¡Sosiéguese vuesa merced, señora  
Mari Pérez (dijo el amigo), que el  
señor Morales no tiene la culpa, si-  
no alguna hechicera que por malos  
medios quiere hacerlos malcasados!

—¡Mujer (acudió el afligido pin-  
tor), puesto que os parezca tenéis  
razón en quejaros de mí, escuchad  
las mías y hablad menos libre, que  
me falta paciencia para sufriros,

gastada la que tenía en los embelecocos de esta noche!

Contole en esto todo lo que ella mejor se sabía, con que fingiendo alborotos nuevos volvió a decir:

—¿A mí con papeles? ¿No ven vuestras mercedes que soy cabos negros y boquiancha? ¿Hay más lindas papandujas que las que me venden? ¿Casa de posadas la mía? ¿Mastines, bureo, bailes y fiestas aquí anoche? ¡Aun si dijieran quejas, maldiciones, suspiros y males, acertaran! ¡No lo hubiera hecho mejor conmigo media azumbre del Santo y dos mostachones acompañados de seis bizcochos, que desterraron el mal de madre, que mi cuidadoso marido, que ya mascara tierra la pobre de su mujer!

—¡Hágaos muy buen provecho, esposa mía! (respondió él). ¡Y no permitáis que me entre en malo a mí, dándome tras de una noche tan penosa un día tan pendenciero! ¡Juro a todo lo que puedo jurar, que cuanto os he contado me sucedió! En esta casa debe de haber duendes. Con venderla o alquilarla pasándonos a otra, se remediará todo.



—Y ¡cómo que hay duendes, señor tío! (acudió la taimada Brígida). Las más noches me pellizcan y dan de azotes, aunque blandos, y se ríen a carcajadas.

—Pues ¿ cómo nunca me lo has dicho?, dijo la disimulada tía.

—Porque no imaginasen vuestras mercedes, (respondió), que era otra persona, en descrédito de mi opinión y su casa de mis señores tíos.

—¡Alto! ¡Eso debe de ser, sin duda!, dijo Santillana. ¡No hay sino perdonarse unos a otros y entrar con buen pie en la Cuaresma, que es mañana!

Hízose así, quedando en ojeriza con los duendes el encantado pintor y su mujer con esperanza de que premiase su burla el diamante pretendido.



[TERCER MARIDO BURLADO]

No desmayó la bella malmaridada por ver la prosperidad y sutileza de las burlas de sus dos opositoras, antes de un camino satisfizo dos necesidades: el premio de la burla el uno, y el otro la cura de su celoso compañero, que dispuso así.

Acababa de llegar a Madrid un religioso, hermano suyo, por prelado de uno de los monasterios que fuera de la Corte con la recolección de su vida apuntalan lo que los vicios tienen a pique de arruinar. No sabía su venida el celoso Santillana; y su mujer, cuando ausente por cartas, y agora presente por papeles y una visita que él la hizo, se le había quejado de la mala vida que sus impertinentes sospechas la daban, y dicho que si no fuera por su respeto y lo que menoscababa la opinión de

las mujeres el poner pleitos a sus maridos y pedir divorcios, se hubiera apartado dél por el vicario. Estaba informado el prudente religioso de los vecinos y amigos del mal acondicionado viejo de la razón que su hermana tenía de aborrecerle y vivir desconsolada, deseando hallar un medio con que alumbrarle el entendimiento, y sin romper con el yugo conyugal, persuadirle cuánta satisfacción era justo tuviese de su esposa y que celos sin ocasión no suelen servir sino de despertar a quien duerme. Pero por más que estudió sobre ello nunca atinó traza suficiente que venciese la pertinaz malicia, que ya vuelta en costumbre era casi imposible de desarraigar su sospechosa vejez.

Habíala escrito que mirase ella qué modo le parecía más a propósito para que sin llegar a dar cuenta de sus trabajos a tribunales causídicos, ella viviese descansada y su marido con sosiego, que por difícil que fuese él pondría toda la diligencia imaginable en su ejecución. Ahora, pues, que halló ocasión para

ejecutarle en estas promesas, curar al viejo Santillana y de camino llevarse el diamante, una mañana que él se fue a oír misa y sermón por ser principio de Cuaresma envió a llamar al bien intencionado fraile, y después de haberse consolado con él llorándole sus martirios y pesadumbres, le dijo que no hallaba otra traza más a propósito para sacarle de la cabeza aquel tema venenoso de sus celos, si no era uno que le propuso y después sabréis. Refirióselo con toda la elocuencia que dio el artificio persuasivo a las mujeres, con lágrimas, suspiros y encarecimientos, concluyendo en que si no le ejecutaba, sería imposible no acabar o con sus trabajos descasándose o con su vida rematándola en una viga de su casa por medio de un cordel. El que la mal casada le ofreció tenía muchos inconvenientes, pero en fin atropelló con todos el amor de hermano, la piedad de religioso y el deseo de impedir alguna desesperación, creíble de la angustia y sentimiento que nuestra Hipólita (que este era su nombre) mostraba. Prome-

tiola llevar al cabo lo que le pedía, señalaron el día, despidiose, llegó a su convento, y propuso el caso a sus súbditos. Queríanle mucho, y conociendo el provecho que se esperaba de él para la quietud de dos casados, le ofrecieron hacer cuanto les mandase y le animaron a concluirle.

Alentado con esto, envió para el plazo concertado dos onzas de unos polvos eficacísimos para dormir quien los bebiese cuatro o cinco horas con tanta enajenación de los sentidos que solo se diferenciaban de la muerte en la breve distancia con que aquellos restituían el alma a sus vitales ejercicios. Recibiolos contenta la astuta Hipólita, asentándose a cenar con su marido y mezclándolos con el vino, apetitoso a sus años. Entre bocado y bocado la daba una reprehensión, y entre trago y trago bebía su sueño. Al último, en fin, sin aguardar a que se levantasen los manteles cayó como piedra en pozo, siendo tan eficaz la polvareda boticaria que a no estar sobre el caso la aplicante y moza, creye-

ran (y no las pesara) que había nuestro Santillana desembarazado el matrimonio. Desnudáronle, y echándole en la cama, aguardaron que viniese por él el religioso hermano, que no tardó mucho, pues a las nueve — suficiente hora y quieta para aquel tiempo frío y de invierno— con dos legos y un coche se apearon a su puerta, y entrando dentro, mandó a uno de sus compañeros que venía prevenido de tijeras y navaja, le quitase toda la barba y abriese una corona de fraile. No se mostró perezoso el obediente barbero, pues sin bañarle, porque la frialdad del agua no ahogase la virtud de los polvos, le convirtió en reverendo cenobita. Era cerrado de cabellos como de mollera, y así salió la corona con toda la perfección, venerable, autorizándola las canas que se entretejían todo lo posible. Y despachada la barba, no pudo dejar de causarle risa a su mujer, viendo vuelto a su marido de viejo en vieja. Vistiéronle un hábito como el de su hermano, sin sentirlo él más que si esto acaeciera con el Conde Par-

tinuplés, y metiéndole en el coche, encargó el prelado a Hipólita encomendase a Dios el próspero fin de aquel buen principio. Llegó con él a su monasterio, y desembarazando una celda, le desnudaron, acostándole en una cama penitente, dejándole los hábitos sobre una silla y un candil encendido; juntaron la puerta y se fueron a dormir.

Dos horas había que duraba el éxtasis del ignorante novicio, y dos prosiguió en su dormilona embriaguez, que era el término puesto a la virtud de los polvos con juridición de solas cuatro horas, y habiéndola comenzado a las ocho síguese que a las doce fenecería su operación.

Tocaron a maitines, como se acostumbra en todos los monasterios, a media noche, y tras la campana las matracas con que despiertan a los que se han de levantar —que es un instrumento cuadrado de tablas huecas llenas de eslabones de hierro, que cayendo sobre clavos gruesos y meneándolas apriesa, hace un son desapacible para los que despiertan y le conocen, y espantoso para los



que coge desapercibidos y bisoños en tan gruñidora música. Así le sucedió al padre Santillana, pues despertando despavorido y creyendo que estaba al lado de su mujer y en su cama y casa, dio un grito diciendo:

—¡Jesús! ¿Qué es esto, Hipólita? ¿Cáese la casa? ¿Hay truenos o vienen por mí los diablos?

Como no le respondió, atentó a los lados buscando a su mujer, y no hallándola, lleno de malicias y imaginando que estaba haciéndole fayas y con el ruido pasado querían echarle el aposento a cuestras, se levantó furioso y diciendo a voces:

—¿Dónde estás, adúltera? ¡Mala hembra, no dirás ahora que son ilusiones y vejeces las mías! ¿A media noche fuera de mi cama y mi aposento, recibiendo por el techo el adúltero? ¡Más leales que tú son para mí las tejas, pues cayéndose me han despertado! ¡Daca mis vestidos, muchacha! ¡Venga la espada, que yo lavaré mi afrenta en la sangre destes traidores!

Esto y buscar los vestidos, hallando en vez dellos los hábitos

de fraile, fue todo uno. La novedad de la celda, sin saber cómo o quién le había traído a ella, le tuvo como cada cual podrá juzgar por sí; ni sabía si diese voces, ni si era arte aquella de encantamento, si dormía o velaba. Fue a abrir la puerta y estaba sobre ella una calavera, que cayendo sobre la suya los dos huesos de las canillas le resfriaron la cólera de los celos con la flema del miedo que le causó verse acometido de réquiem. Juzgándolo a mal pronóstico, tomó el candil para ver a qué calle o campo caía aquel aposento encantado, o en qué parte estaba, y vio un dormitorio que le cansó la vista, lleno de celdas, con una lámpara en medio.

—¡Válgame Dios! ¿Qué es esto? (dijo volviéndose a entrar temblando). ¿No me dormí yo en acabando de cenar anoche? ¿Quién, pues, me ha traído aquí ahora, trocando mis vestidos en hábitos? ¿Si estoy en el hospital? Que esta más parece enfermería que habitación política. ¿Si mis celos me han vuelto loco y para curarme me han traído al Nuncio de

Toledo? Que la estrechez deste aposento más parece jaula que hospedería. ¡No sé lo que imagine! Aunque esto último bien puede ser, pues si no me acuerdo mal, ya andaba mi seso dando zancadillas de puro imaginativo sobre la conservación de mi honra, y no será mucho que haya algunos dos o tres años que me estén curando en este hospital, y ahora, vuelto en mi juicio, me parezca que fue anoche cuando estuve quieto y seguro en mi casa y con mi mujer. Si es esto como imagino, a navaja quitan los cabellos y barbas a los locos y a los galeotes; la mía me sacará deste temor. Echó mano a ella, y hallóla ti- ple, habiéndola él criado contraba- jo. Tentose la cabeza y hallose coronado por rey de los celosos ma- ridos. Lloró su juicio rematado, te- niéndose por conventual del Nuncio, creyendo que por burlarse dél, como suele hacerse con los de su profe- sión, le habían puesto la cabeza de aquel modo. Con todo eso, se conso- laba, pareciéndole que pues echaba de ver entonces el estado en que es- taba, había ya vuelto en su juicio,

y según esto saldría presto de aquel colegio desacreditado. Sólo le desatinaban los hábitos, que le disuadían estas imaginaciones, porque los locos que él había visto en Toledo andaban vestidos de ropas burieladas, pero no de religiosos.

Entre estas confusiones ridículas estaba en su celda desnudo, sin haberle acordado que se vistiese el frío ni saber él por dónde o cómo acomodar la diversidad de pliegues y confusión del hábito, que en su vida se había puesto, cuando entrando el compañero que daba luz a los demás frailes, le dijo:

—¿Cómo no se viste, padre Rebolledo, si ha de ir a maitines?

—¿Quién es aquí Rebolledo, hermano mío? ¿O qué maitines o vísperas son estas que me desatinan? (respondió el casado fraile). Si sois loco, como yo lo he sido, y es ese el tema de vuestra enfermedad, ya yo estoy sano por la misericordia de Dios, y no para oír disparates. ¡Decidme dónde hallaré al Rector, y dejad de rebollearme!

—¡Con buen humor se levanta, padre Rebolledo! (dijo el religioso). ¡Vístase, que hace frío, y mire que voy a tocar segundo, y que es mal acondicionado el Superior!

Fuese con esto, dejándole muy confuso.

—¿Yo, Rebolledo? (decía). ¿Yo, fraile y maitines, no habiendo seis horas, a mi parecer, que al lado de mi Hipólita trataba más en pedirla celos que entonar salmos? ¿Qué es esto, ánimas benditas de Purgatorio? Si duermo, ¡quitadme esta molesta pesadilla!, si estoy despierto, ¡reveladme este misterio o restituidme el juicio que sin duda he perdido!

Pasmado se estaba, sin acertar a vestirse, obligándole el frío a traer las frazadas a cuestras, cuando vino otro fraile y le dijo:

—Padre Rebolledo, el Vicario de Coro dice que por qué no va a maitines, que son cantados, y vuestra reverencia el semanero.

—¡Válgame toda la corte celestial (replicó el nuevo fraile), que en fin soy padre Rebolledo yo, siendo ayer Santillana! Dígame, religioso,

si es que lo es, o hermano loco, si, como imagino, estamos en algún hospital dellos: ¿quién me ha puesto en este estado? ¿Cómo o por qué me han quitado mi casa, mi hacienda, mi mujer, mis vestidos y mis barbas? O ¿qué Urganda la Desconocida o Artús el Encantador anda por aquí y ha re-matado con mi seso?

—¡Buena está la flema y disparate (respondió el corista), para la priesa con que vengo a llamarle! Delantero debió de cargar anoche en el refitorio, padre Rebolledo, pues aun no se han despedido los arrobos de Baco. Vístase, y si no acierta, yo le vestiré.

Echole entonces el hábito encima, y al ponerle la capilla, como era estrecha, creyendo que era algún espíritu malo que quería ahogarle, comenzó a dar gritos:

—¡Arredro vayas, Satanás! ¡Déjame aquí, ángel maldito! ¡Ánimas de Purgatorio! ¡Santa Margarita, San Bartolomé, San Miguel, todos abogados contra los demonios, ayuda y favor, que me ahoga este diablo capilludo!

Y escabulléndosele de las manos, rota la capilla y arañado el fraile, echó a correr por el dormitorio adelante.

Atentos y escondidos habían estado oyendo la escarapela ridícula el Prelado y súbditos, reventando la risa por romper los límites de la disimulación y silencio que este caso requería; pero saliendo juntos con las velas encendidas que habían prevenido para el coro, le dijo severo el disimulado Superior:

—Padre Rebolledo, ¿qué escándalo y descompostura es esta? ¿Al fraile que yo envío para que le llame al coro trata de esa suerte? ¿Las manos pone en un ordenado de grados y corona, y a la culpa de no venir en fiesta doble a hacer su oficio añade el descomulgarse? Aparéjese luego, que con un *Miserere mei* se le aplacarán esos bríos.

—¿Qué es aparejar? (respondió el colérico montañés). ¿Soy yo bestia? Ya lo estoy para defenderme de vuestras ilusiones. ¡Espíritus condenados, catad la cruz! ¡No tenéis parte en mí, que soy cristiano viejo de la

Montaña, bautizado y con crisma!  
¡*Fugite, partes adversae!*

Estos y otros desatinos comenzó a ensartar con no poco tormento de la risa de los circunstantes, que se malograba puertas adentro de la boca; pero haciéndole agarrar a dos donados, y diciéndoles el prelado: «Este fraile está loco, mas la pena le hará cuerdo», le asentó en las espaldas de par en par una colación de canelones, que pagó con más cardenales que tiene Roma. Daba gritos que los ponía en el cielo, diciendo:

—¡Señores, o frailes o diablos o lo que sois!, ¿qué os ha hecho el pobre Santillana para tratarle con tanta riguridad? Si sois hombres, ¡doleos de otro de vuestra especie, que jamás hizo mal a una mosca, ni tiene de qué acusarse sino de la mala vida que sus celos han dado a su mujer! Si sois religiosos, ¡baste la penitencia, pues no cae sobre culpa que yo sepa! Si sois demonios, decidme: ¿por qué pecados os permite Dios que me desolléis de esa suerte?

Menudeaba el padre diciplinante azotazos en esto, diciendo:



—¿Todavía da en su tema? Pues veamos quién de los dos se cansa.

—¡Ya lo estoy, padre de mi alma! (respondió el penitente por fuerza). ¡Por la sangre de Jesucristo, que tenga lástima de mí!

—Pues ¿enmendarse de aquí adelante? (preguntó el curador por ensalmo).

—¡Sí, padre mío, yo me enmendaré, aunque no sé de qué! (respondió).

—¿Cómo que no sabe de qué? (replicó). ¡Miren qué gentil modo de conocer su culpa! ¡Aun no está como ha de estar! ¡Aguarde un poco!

Y diciéndole esto le taraceaba las espaldas.

—¡Padre de mi corazón! (dijo entonces echándose en el suelo). ¡Confieso que soy el más mal hombre que pisa la tierra; tenga misericordia de mis carnes, pues Dios la tiene de mi alma, que yo me enmendaré!

—¿Sabe (le replicó) que es fraile, y que en los que lo son, las culpas veniales son de más escándalo que las mortales del seglar?

—¡Sí, padre (respondía), y fraile soy, aunque indigno!

—¿Sabe la regla que profesó? (proseguía), y él también en responderle:

—Sí, padre.

—¿Qué regla es?

—¡La que vuestra paternidad fuere servido! No repare en reglas, aunque entre la del gran Sofí.

—¿Será desde aquí adelante humilde y cuidadoso en su oficio, padre Rebolledo?

—Seré Rebolledo (respondía), y todo lo que quisieren.

—Pues bese los pies a este religioso (dijo) maltratado por él, y pídale venia.

—Bésóle los pies, padre mío (dijo llorando de dolor más que de arrepentimiento) y pídale brevas o lo que es esto que me mandan le pida!

Soltaron la risa todos entonces, que no pudieron sufrirla. Reprehendiolos el prelado, y diciéndoles:

—¿De qué se ríen, padres, habiendo de llorar la pérdida del juicio de un fraile, el mejor que teníamos y que ha servido quince años este monasterio con la mayor puntualidad que la Religión ha visto?

—¿Quince años yo? (decía entre sí el pobre Santillana). ¿Hay encantamiento semejante en cuantos libros de caballerías desvanecen mocedades? Alto, pues tantos lo dicen, verdad debe de ser, aunque no sé el cómo, porque a no ser así, ¿qué les importaba a estos benditos el maltratarme y afirmallo?

—Véngase al coro con nosotros (le dijo el cuñado, que no conocía).

Obedeciole el celoso por su daño. Comenzaron a cantar los maitines y mandole que entonase la primera antífona. Sabía él de música lo que de vainicas. Pero no osando replicar, temeroso de otra tunda, la cantó regañando, de suerte que prosiguiendo la risa de todo el coro y no pudiéndola disimular, el Superior le mandó llevar al cepo donde le tuvo tres días tan fuera de sí, que faltó poco para no renunciar con el siglo el seso. Al cabo dellos le sacaron, y mandó el prelado fuese con un compañero a pedir el pan de limosna que se acostumbra los sábados. Diéronle su talega, y sin replicar palabra, como una oveja cumplió la obedien-

cia. Llevo de industria el que le acompañaba a la calle donde vivía su mujer y reconociendo la casa, alentado y con nuevo espíritu, dijo entre sí:

—¡Aquí de Dios! ¿Esta no es mi casa? ¿Yo no estoy casado con Hipólita? ¿Quién diablos me ha metido en frailías que no apetecí en mi vida? ¡Matrimonio me llamo!

Entrose con esto en el portal, y hallando a su mujer allí, abrazándose con ella, comenzó a decir:

—¡Esposa de mis ojos! ¡Castigo del Cielo fue el mío por la mala vida que te he dado! ¡Fraile me han hecho sin saber cómo o por qué, pero desde hoy más buscarán talegueros, que yo matrimonio me llamo!

—¿Qué descompostura es ésta? (dijo a voces la mal casada). ¡Aquí de la vecindad, que este loco atrevido ofende mi honra!

Acudió el compañero y parte de los vecinos, que le desconocieron —por faltarle la longitud de la barba y estar en tan desusado traje y tan macilento con las penitencias pasadas que pudiera vender flaqueza a

los padres del yermo—, y le apartaron a empellones diciéndole oprobios satíricos.

—¡Déjenle vuestras mercedes! (acudió el compañero), y no se espanten de lo que hace, que ha estado el pobre seis meses loco y su tema principal es decir a cualquiera mujer que ve que es su esposa. ¡Hémosle tenido en una cadena y habiendo más ha de dos meses que mostraba tener salud, a falta de frailes, que han ido a predicar por las aldeas esta Cuaresma, me mandaron le trujese conmigo a pedir hoy la limosna, bien contra mi voluntad!

Diéronle todos crédito, lastimados de su desgracia, que cuanto más gritaba afirmando era el marido de Hipólita más la acreditaba. Lleváronle medio loco de veras, y en son de atado, a su convento. Volviéronle a disciplinar y meter en el cepo, donde después que purgó más de otro mes los malos días que había dado a su mujer, al cabo dellos y a la medianoche le despertó una voz desde el tejado que estaba sobre la pri-

sión, y decía en tono triste y sonoro:

Hipólita está inocente  
de tus maliciosos celos,  
y así te han hecho los  
Cielos  
de ese cepo penitente.  
Por necio y impertinente,  
en ti su venganza funda  
el que te ha dado esa  
tunda;  
por eso, si sales fuera,  
escarmienta en la primera  
y no aguardes la segunda.

Repitió esto tres veces la fúnebre voz, y él puestas las manos, llorando, con la mayor devoción que pudo, respondió:

—¡Oráculo divino o humano, quienquiera que seas, sácame de aquí, que yo prometo verdadera enmienda!

Diéronle después desto de cenar, y la bebida fue de vino, que no lo había probado desde el día primero de su transformación, penitencia más áspera para él que todas las demás. Bebiolo, y con él dos veces más can-

tividad de los mismos polvos que primero. Durmiese como antes. Habíale crecido el cabello y barba suficientemente; afeitáronle, dejándole lo uno y lo otro en la disposición antigua, y llevándole en otro coche a su casa, se despidió el religioso médico de celos de su hermana con esperanza de que cuando despertase hallaría sano a su marido y enmendado. Púsole los vestidos seculares sobre un arca cerca de su cabecera, acostose a su lado, acabó el sueño junto con la operación de los polvos, al amanecer, por haberlos él tomado a las diez de la noche, despertó, en fin, y creyendo hallarse en el cepo, vio que estaba en la cama y a oscuras. No lo acababa de creer. Tentó si eran colchones aquellos o madera y topó a su mujer a su lado. Imaginó que era algún espíritu que proseguía en tentarle, dio voces y ensartó letanías. Estaba velando Hipólita y aguardando el fin de aquel suceso; fingió que despertaba, y dijo:

—¿Qué es esto marido mío? ¿Qué tenéis? ¿Haos dado como suele el mal de ijada?

—¿Quién eres tú que me lo preguntas? (dijo despavorido el ya sano celoso), que yo no tengo mal de ijada, sino mal de frailía.

—¿Quién ha de ser la que duerme con vos (respondió) sino vuestra mujer Hipólita?

—¡Jesús sea conmigo! (replicó él). ¿Cómo entraste en el convento, mujer de mi vida? ¿No ves que estás descomulgada y que si lo sabe nuestro mayoral o superior te acanelonará las espaldas, dejándotelas como ruedas de salmón?

—¿Qué convento o qué chanzas son esas, Santillana?, (respondió ella). ¿Dormís todavía, o qué locura es esta?

—Luego ¿no soy yo fraile de quince años ha (preguntó él) y entonador de antífonas?

—Yo no sé lo que os decís con esos latines (replicó ella). Levantaos que es mediodía, si habéis de traer qué comamos.



Más asombrado que nunca, se tentó la barba, y hallola cumplida y la cabeza descoronada. Mandó abrir la ventana y se vió en su cama y aposento, los vestidos a su lado, sin rastro de cepo ni de hábitos. Pidió un espejo y vió otra cara diferente de la que los días pasados le enseñó el de la sacristía. Hacíase cruces, acabando de creer el oráculo coplista. Preguntábale disimulada su mujer que de dónde procedían aquellos espantos. Contóselo todo, concluyendo en que debía de haberlo soñado aquella noche, y Dios le debía de mandar se enmendase y tuviese la satisfacción que era justo de su mujer. Apoyó ella esta quimera diciendo que había prometido nueve misas a las ánimas si le alumbraba a su marido el entendimiento, y que si no, había determinado echarse en el pozo.

—¡No lo permita el cielo, Hipólita de las Hipólitas! (respondió él). Pidiola perdón, jurando no creer aún lo que viese por sus mismos ojos de allí adelante; con que dándola libertad para salir de casa, hubo de ir con las otras dos amigas a la del

Conde, alegando cada cual su burla, y quedando tan satisfecho él de todas, que por no agraviar a ninguna les dijo:

—El diamante, ocasión de sutiliar, señoras, vuestros ingenios, se me había perdido a mí el día de su hallazgo; él vale doscientos escudos; cincuenta prometí de añadidura a la vencedora, pero todas merecéis la corona de sutiles en el mundo; y así, ya que no puedo premiaros como merecéis, doy a cada una estos trecentos escudos que tengo por los más bien empleados de cuantos me han granjeado amigos, y quedaré yo muy satisfecho si os servís de esta casa como vuestra.

Encarecieron todas su liberalidad, y volviéndose más amigas que antes, hallaron al cajero vuelto ya de su viaje y olvidada su burla; al pintor, que había vendido su casa y comprado otra por evitar bellaquerías de duendes; y a Santillana tan satisfecho y enmendado de sus celos, que desde allí adelante veneró a su mujer como a merecedora de oráculos protectores de su buena vida.

Pagaron en risa damas y caballeros a don Melchor el donaire que añadió a la sal de la novela, celebrando la sutileza de las tres casadas y disputando entre todos cuál merecía el premio, si no se hubiera sentenciado con tanta igualdad, dividiéndose en opiniones el auditorio que duraran en defender la suya cada cual a no llamarlos a comer poniendo leguas a la entretenida disputa. La comida, que en el mismo sitio fue igual a la largueza y cuidado del generoso don Fernando, feneció con músicas, bailes y juegos, recogándose la siesta a dormir los que quisieron, y a jugar los aficionados.

Pasó la furia del mayor planeta y apaciguados sus rayos después de haber recibido muchos caballeros y damas que bajaron de la ciudad, convidados a una comedia con que el rey de aquel cigarral quiso dar entretenido fin a su gobierno, cercado de asientos en teatro de flores, árboles y olorosas hierbas, se asentaron todos, el rey en medio, y, dando principio diestros músicos, echó la loa don Miguel con despejo toledano,

siguiéndosele un honesto y ingenioso baile, y luego la comedia que fue la que se sigue.

